



## TRASLACIÓN DEL APÓSTOL SANTIAGO

30 de diciembre de 2023

*“No será así entre vosotros: el que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo” (Mt 20, 26-27)*

Así responde Jesús, tal como hemos escuchado en el Evangelio de Mateo que hemos proclamado, ante la discordia que surge en el grupo de sus discípulos por la súplica de la madre de los Zebedeos (Santiago y Juan).

La respuesta de Jesús quiere disolver esa preocupación que anida en el corazón humano cuando, cerrado sobre sí mismo, busca sólo su interés y se encamina a un horizonte cortoplacista y meramente egoísta. Sólo se ve a sí mismo, y pierde el sentido auténtico sobre el que deber girar la condición humana.

Ante la desnuda individualidad que nos acecha (donde el individuo queda a merced de quien lo quiera conquistar, comprar o vender, o de sus meros caprichos), conviene afirmar que no es en soledad y aislamiento, sino en hermandad donde el hombre, cada persona, puede respirar con holgura para vaciarse de excesos y colmar los vacíos. Los cristianos tenemos aquí una responsabilidad única: ser testigos de la paternidad de Dios y de la fraternidad de Cristo. Tenemos que mostrar en concreto que ambas son capaces de engendrar vida y compañía, cercanía y esperanza en los que se ven arrinconados en la soledad, desvalidos en su orfandad y errantes en esa terrible tierra de nadie que es la marginalidad, escenario de un drama del que todos somos actores, mucho más que espectadores.

Procuremos ser testigos al servicio de la vida, entendida como don de Dios y como tarea humana, promotores de una cultura de la dignidad del hombre y de todo hombre (sin abstracciones). Frente a pretensiones que la convierten en producto o en mero bienestar (sólo de algunos) debemos desarrollar todo lo que significa “cualidad” de la persona en cuanto individuo original, diferenciado de los demás seres, capaz de amor y libertad responsable, y llamado a crecer en la convivencia y el diálogo social.

Como ciudadanos y cristianos, como Iglesia, tenemos en las manos, y en el corazón y en la vida, una tarea irrenunciable e inexcusable: hacer de la fraternidad el sustantivo constituyente de la vida humana y, por supuesto, del ser y hacer del cristiano, de la Iglesia en medio de la sociedad.

*“Todos se reunían con un mismo espíritu en el pórtico de Salomón” (Hch 5,12).*

Con el nombre del rey sabio de Israel se conocía aquel colosal pórtico situado en el lado este del Templo de Jerusalén, donde tenían lugar los debates de los escribas sobre la Ley que ordenaba la vida del pueblo judío. Esta Jerusalén del Occidente, nuestra querida ciudad de Santiago de Compostela, es la meta de los caminos que conducen a la tumba de uno de los Zebedeos, Santiago el Mayor, el amigo del Señor. Cada ruta que conduce a los peregrinos hasta el sepulcro del Apóstol expresa también la búsqueda de itinerarios comunes, sin ningún atajo y son ninguna distracción o dispersión, en el cual la escucha pasa a ser primordial a pesar de las diferencias.

Superemos rutinas que paralizan y discursos que desgastan los ánimos y cierran los oídos del corazón. Son tiempos de oportunidad y de compromiso, de ponerse manos a la obra. Aprender la gramática de la simplicidad, y no instalarnos en el reino de la retórica (EG 232), acoger el ritmo de la espera, acompañar a los desesperados, recuperar las entrañas de misericordia, trazar puentes de encuentro para un diálogo sincero.

El diálogo no es un duelo, es un encuentro que tiene un fin: acceder a la verdad. Se trata de buscar una armonía que no elimina identidades, ni elabora falsos irenismos o vagos sincretismos ideológicos. Para realizar este encuentro no hacen falta espadas dialécticas, sino coherencia con el propio ser y existir, y respeto por la visión del otro.

*“Cómpre obedecer a Deus antes cós homes” (Feit 5, 29)*

Son as palabras coas que Pedro e os Apóstolos responden ao Sanedrín que os interrogaba. En que consiste esta obediencia?

É o convencemento de que temos algo valioso que ofrecer e compartir. Estar no mundo sen ser do mundo non é poñerse contra ninguén, senón “poñer ao home en pé” (Blas de Otero) para abrilo á transcendencia e á fraternidade, e non a calquera, senón aquela que se fixo neno en Belén e silencio cravado nunha Cruz, que, desde entón, é camiño cara á Vida. Esa mesma Transcendencia feita carne que nos ensinou que os rostros son máis importantes que as ideas, e que non podemos separar a Deus do próximo: nos debemos amar uns a outros naquel que nos amou primeiro.

Non deixemos que nos rouben a cordura e a concordia na procura do ben común nin a vocación cara á amizade social que habita na raíz do corazón humano. Esto esixe respecto á xustiza, base de toda convivência: “Hai un recoñecemento básico, esencial para camiñar cara á amizade social e a fraternidade universal: percibir canto vale un ser humano, canto vale unha persoa, sempre e en calquera circunstancia” (Francisco, *Fratelli tutti* 106).

Sr. Oferente, acollemos a vosa ofrenda e facémola presente diante do Altar. Encomendo á intercesión do Apóstolo Santiago a todos os pobos do mundo, especialmente os que seguen sufrindo o drama da guerra, da fame que tantos exilios forzados provoca; a todos os pobos e xentes de España, da nosa querida Galicia, ás nosas familias, que sigan sendo, nestes momentos de crises e incerteza, berce da vida e da fe, onde todos, especialmente os nosos nenos e anciáns, sexan coidados, queridos e consolados.

Pido por aqueles que exercen responsabilidades públicas para que adiquen os seus mellores esforzos ás esixencias do ben común e ao empeño por construír unha sociedade en paz, cimentada na verdade, a xustiza e a liberdade, onde servir sexa sempre o horizonte da responsabilidade social, por riba das lexítimas diferencias políticas.

Por intercesión do Santo Apóstolo Santiago, pido ao Señor que bendiga, no ano que estamos a piques de comezar, ás súas Maxestades e á Familia Real; tamén á vosa Excelencia, Sr. Oferente, á súa familia e aos seus colaboradores. Que, de novo desde Santiago, renaza a esperanza que nunca decae e que sempre nos sostén.